

FRANCESC-MARC ÁLVARO

Espinàs, Pons, Gomar

He vuelto a ver, gracias a la industria del DVD, la película que François Truffaut realizó a partir de la novela de Ray Bradbury *Fahrenheit 451*, esa antiutopía futurista que describe un mundo en el que los libros son prohibidos por el Estado y unos bomberos muy extraños, a guisa de policía del pensamiento, se encargan de quemarlos y de perseguir a los lectores clandestinos. En el filme, el bombero Montag –interpretado por Oskar Werner– acaba cruzando la raya y se deja atrapar por unos objetos que, según el poder, amenazan la general felicidad anestésica en la que vive la gente. A través de los libros, Montag huye de una vida sin sentido y descubre la libertad. Más allá de las ciudades, los hombres libro (hombres libres) resisten a su modo, guardando en la memoria grandes obras de todos los tiempos para evitar la destrucción total. Con el regusto de la película todavía en el paladar, he recordado ese aforismo de Joan Fuster, tan iluminador como subversivo: “Atenció: tot pensament és un mal pensament”. Valdría la pena repetir esta idea en todas las escuelas cada día, como si de un himno nacional se tratara, para promover la crítica y el libre examen de la realidad. Tal vez sería más útil que una hora de religión, una hora de educación para la ciudadanía o una hora de seguridad vial.

El azar quiso que llegaran a mis manos, la misma semana que volví a ver la película de Truffaut, tres libros muy especiales, de autores de distintas generaciones, de los que acaban clasificados genéricamente como no ficción. *Relacions particulars*, de Josep Maria Espinàs; *Temps indòcils*, de Agustí Pons, y *Vianant*, del valenciano Rafa Gomar, aterrizaron casi a la vez en mi mesa de lector. Al leer los tres volúmenes en paralelo descubrí que había dado con tres magníficas muestras de ese

tipo de literatura que revisa y reconstruye con riesgo las relaciones sutiles entre la palabra y la experiencia. Y pensé –los filólogos y críticos me perdonarán– en una imagen muy estimable para mí: la del pescado fresco, recién salido de la barca de un pescador de Vilanova i la Geltrú, cocinado a la plancha o a la brasa,



JAVIER AGUILAR

apenas sazonado con un poco de sal gruesa y aceite puro de oliva. El punto exacto de fuego, el placer del sabor primigenio y a la vez complejo, el plato redondo, en sentido literal y metafórico. La fundación del mundo en cada bocado. No es que no haya artificio en los fogones para llegar a tal monumento, por supuesto que lo hay. Lo que no hay es red y el cocinero vuela o, en caso contrario, se estrella contra el suelo. No hay salsa donde esconderse. Ustedes ya lo saben: el artificio más delicado es el que no se nota ni deja ver el andamiaje, lección elemental en cualquier arte. Y ahí

entran, de nuevo, Espinàs, Pons y Gomar.

Cada uno con su voz y sus arrestos, estos tres autores plantean un pulso con la memoria y lo cotidiano. Lo ganan, adelante. Ésta es su fuerza, aunque lo hacen despreciando la moda y la tendencia dominante, a saber: el peaje al argumento lineal, el peaje a los decorados históricos, el peaje al esoterismo infantil, el peaje al lenguaje de monólogo televisivo y el peaje a la autoayuda. Su libertad creativa contra el recetario editorial es tan evidente que uno no puede más que quitarse el sombrero.

En *Relacions particulars* (La Campana), el maestro Espinàs ha llegado a esa sabiduría narrativa del que ya no está obligado ni motivado a exhibir nada de nada. Su prosa es un tartar elaborado con la elegancia del que logra lo más difícil sin esfuerzo aparente. En la estela de los retratos canónicos del gran Truman Capote, la excusa son algunas escenas vividas por el autor con algunos de sus colegas –Espriu, Foix, Delibes, Pla, Cela, Sagarra– y el asunto no es otro que la distancia que media entre la representación y el silencio, los entre actos de la vida, los tiempos muertos donde ocurre lo único que, a la postre, nos salva de quedar totalmente borrados.

Por su parte, Agustí Pons –del que tuve la suerte de aprender mucho de este oficio en el diario *Avui* de primeros de los noventa– camina por la frágil pasarela donde lo épico y lo lírico libran el combate para fijar las historias oficiales. *Temps indòcils* (Angle Editorial) es un bello alegato contra las fábulas del Ministerio de la Verdad y una vindicación de la complejidad de la intrahistoria. El capítulo sobre Marta Harnecker, implacable, debería divulgarse en todas las universidades. Su vívida pintura de personajes revela la respiración moral de una época, y nos previene contra las vidas de santos.

Rafa Gomar, nacido en Gandia en 1955, el más joven de los tres nombres aquí glosados, fue un descubrimiento feliz para mí, gracias a los amigos de la pequeña editorial El Cep i la Nansa. *Vianant* es un ensayo en forma de dietario que, acogiéndose a las enseñanzas de Pavese, Canetti y el mismo Fuster, ofrece el rastro de un ilustrado que se resiste a la estupidez. Sin estridencias, Gomar bruñe su prosa al servicio de la observación disidente de los detalles. Encuentra con lucidez los resquicios y, aplicando ironía, transporta al lector hacia esas ondulaciones intensas en las que la experiencia es paradójica y la paradoja es la verdad. “Estant sobri, no-

HUELGA DECIR QUE,

a estas alturas, resulta

ingenuo marcar la raya

entre literatura de lo real y

literatura de la imaginación

més un estúpido podría decir que domina el temps”, escribe en uno de sus aforismos. La obra de Gomar da nuevo vigor al ensayismo escrito en catalán.

Para estos tres autores, la no ficción es la mejor historia. Para sus lectores, también. Huelga decir que, a estas alturas, resulta ingenuo marcar la raya entre literatura de lo real y literatura de la imaginación. Esto me recuerda a ese pobre historiador catalán que perpetra reseñas de libros de su temática sin saber todavía quién es W.G. Sebald. Del pulso con la memoria y la experiencia, ya lo hemos dicho antes, Espinàs, Pons y Gomar salen airosos, aunque ello les obligue a dejarse mucha piel en las palabras y en el interlineado. El riesgo asumido les hace grandes. En el mundo de *Fahrenheit 451*, los lectores deben escapar y los autores ni tan sólo existen. En nuestro mundo, son los escritores los que, a veces, deben huir. Para volver con nuevos trofeos. Éste es el caso.●

STÉPHANIE LÉVY

Francia: ¿inminente aliado de EE.UU.?

Después de Alemania con Angela Merkel e Italia con Romano Prodi, Francia eligió el 6 de mayo un nuevo liderazgo político que ha de redefinir su papel estratégico en el panorama internacional.

Nicolas Sarkozy, elegido presidente con más del 53% de los votos, derrotó a Ségolène Royal en la segunda vuelta, prometió romper con el pasado y renovar las relaciones con Estados Unidos y los países de Oriente Medio.

En Francia, a diferencia de otras democracias occidentales, los asuntos internacionales son competencia personal del presidente. Y otras instancias políticas, por ejemplo políticas de la oposición e incluso medios de comunicación, no suelen hacer comentarios críticos sobre la política exterior francesa. Además, en Francia, como en otros países, las elecciones no se ganan exclusivamente por cuestiones de política exterior, por más que por supuesto los candidatos pueden perderlas por esta causa.

En este terreno, Oriente Medio y Estados Unidos constituyen los temas más polémicos para la opinión pública francesa. Y así fue como Nicolas Sarkozy fue duramente criticado en el curso de su viaje a Estados

Unidos en septiembre pasado, como si tratar de establecer buenas relaciones con Washington fuera alguna clase de pecado..., algo que de hecho ha sido así en la política francesa hasta ahora.

La dilatada era Chirac, de doce años de duración, se ha caracterizado por una estrecha amistad con los regímenes árabes –incluso los radicales– y la animadversión hacia Estados Unidos. Ahora, sin embargo,

MIENTRAS CHIRAC

solía aludir a EE.UU.

como su rival, Sarkozy

prefiere evocar al

aliado estadounidense

su sucesor parece deseoso de distanciarse de la línea chiraquiana en materia de política exterior y ello pese a que Sarkozy ha sido el candidato del propio partido de Chirac.

Desde el principio de la campaña, Nicolas Sarkozy no ocultó su atlantismo y prometió a los estadounidenses la “amistad de Francia”. Incluso en su discurso de aceptación del día 6 por la noche, el presidente recién elegido manifestó su deseo de mejorar la relación con Estados Unidos y mostró su voluntad de poner término a la tensión con Wa-

shington durante la presidencia de Jacques Chirac.

Lo cierto es que al dirigirse a sus “amigos estadounidenses”, Sarkozy afirmó: “Quiero decirles que Francia siempre estará a su lado cuando la necesiten, sin olvidar que esta amistad toma nota asimismo de que los amigos pueden pensar de modo distinto”.

Al contrario que Chirac, Sarkozy ha demostrado que sus relaciones con Estados Unidos son mucho más cómodas y serenas. Sarkozy prefiere mantener una estrecha colaboración con Estados Unidos en lugar de una alianza con el crecientemente anti-norteamericano mundo árabe. Mientras Chirac solía referirse a Estados Unidos como su rival, Sarkozy prefiere evocar al aliado estadounidense, que, junto con Francia y todo el mundo occidental, encara la misma amenaza terrorista.

Podría ser que la presidencia de Nicolas Sarkozy cambie la trayectoria de Francia por primera vez desde que marcó el rumbo el general Charles de Gaulle, creador y fundador en 1967 de la actual estructura política del país. El próximo presidente francés puede convertirse incluso en el mejor amigo de Estados Unidos en Europa, como lo ha sido Tony Blair hasta ahora cuando



JOAN CASAS

llega el momento de su partida.

Con respecto a Israel, Sarkozy ha prometido una política francesa más equilibrada al adoptar una postura realmente original en relación con el espectro político francés, similar a la perspectiva estadounidense sobre el conflicto palestino-israelí. Así, en marzo manifestó: “Los políticos franceses deberían ser capaces de decir unas cuantas verdades a nuestros amigos árabes, como, por ejemplo, que el derecho de Is-

rael a existir y a vivir en paz y seguridad no es negociable, y que el terrorismo es nuestro verdadero enemigo”. Sarkozy, asimismo, se declaró dispuesto a defender “la integridad de Líbano”, incluido el desarme de Hizbullah.

A la mayoría de los ciudadanos franceses que viven en Israel les han tranquilizado y complacido las declaraciones de Sarkozy. Más de un 80% le votaron en la primera vuelta, la proporción más elevada de votos de ciudadanos franceses que viven en el extranjero.

Sarkozy, al señalar la responsabilidad de los grupos islamistas en los violentos disturbios acaecidos en Francia en otoño del 2005 y hacer hincapié en una política sobre inmigración más severa en su programa político, ha perdido el favor de un número importante de musulmanes franceses. Además, como le consideran proestadounidense, buena parte de ellos desconfía de él. Sarkozy, en su calidad de nuevo presidente, deberá indudablemente redefinir los términos de la vieja alianza gaullista entre Europa y el Magreb y Oriente Medio frente a la potencia estadounidense.●

Traducción: J.M. Puig de la Bellacasa